

# Giner, Altamira, Galdós: Historia, historias, novelas

Laureano BONET  
Universitat de Barcelona

El supuesto «el corazón tiene historia» es el que ha permitido el desarrollo espléndido de la novela moderna.

MARÍA ZAMBRANO, *La confesión: género literario*<sup>1</sup>

Ante todo unas precisiones, sugeridas ya por el título que encabeza este trabajo: *Historia*, con mayúsculas, el relato cronológico de los hechos humanos acaecidos en un pretérito que, empero, puede acercarse a nuestra época, situándose incluso en ella. E, igualmente, *historia*, o *historias*, con minúsculas ahora: «historias fingidas», en expresión de Francis Bacon (1876: II, 101), a saber, ficciones narrativas que, a su vez, están regidas por una temporalidad interior.<sup>2</sup> En toda novela —advirtió E. M. Forster— anida un reló que marca el movimiento, la transición y cuyas agujas, a partir del siglo xx, pueden enloquecer, yendo hacia atrás y hacia delante, o enredándose entre ellas. Sea lo que fuere no es posible una novela atemporal, avisa el autor de *Howards End*: Gertrude Stein lo intenta, destroza el reló y, con el destrozo, pulveriza sus *historias fingidas* —un fracaso nada banal, sin la menor duda— (Forster, 1954: 29 y 41).

Así pues, estas voces —Historia, con mayúscula, e historia, con minúscula— acusan ciertas ambigüedades y, a menudo, se entremezclan: esas mezclas serán desde luego muy jugosas para la novela realista (Galdós es buen ejemplo de ello). A decir verdad, ya en la Edad Media los vocablos *estoria* e *historia* significaban una «narración de sucesos», sin detallar si eran o no verídicos. Hasta podían tener un sentido óptico —por lo menos en el inglés *story*—, tal como tiene lugar con las hileras de vitrales de los templos góticos: verdaderos, y deslumbrantes, «sermones visuales» en este caso (Reynolds, 2013: 1). Se ha pretendido,

1. Zambrano, 1995: 97. Hago constar aquí mi gratitud por la ayuda que me han brindado los profesores Ricardo Pinilla Burgos, Carmen Servén y Dolores Troncoso: gracias a ellos estas páginas han llegado a buen término.

2. La voz *historia*, como «fábula o enredo», figura ya en la edición de 1780 del *Diccionario de la lengua castellana*. Tal significado se enriquecerá más en la edición de 1803: «Fábula, cuento o narración inventada».

sobra casi recordarlo, poner coto a tal bisemia, etiquetando la Historia como disciplina científica con el calificativo de *Historiografía*, aun cuando eso no ha logrado popularizarse del todo (en algún momento, sin embargo, haremos uso de él).

Pero ocurre igualmente que Historia, entendida como disciplina, o *relato científico*, es voz no menos ambigua: *Historia* como la narración cronológica de lo que les ha ocurrido a unos grupos humanos, e *historia*, a su vez, como justamente lo que les pasó —o les pasa— a dichos grupos: unos muy precisos «hechos históricos», por tanto. Galdós insinúa tales ambivalencias cuando califica a Mesonero Romanos de ser la «historia personificada» de Madrid, dado que encarna la «representación de [la] vida» de esta ciudad a lo largo del tiempo, un tiempo repleto de demoliciones y edificaciones sin fin (Mainer y Ara Torralba, 2004: 365). Una frase, hecho curioso, que nos lleva a recordar que Hegel había ya juzgado la *historia* como un ir y venir entre la ruina y la construcción en todos los asuntos relativos al ser humano.<sup>3</sup>

Existe, por consiguiente, un deslizamiento semántico incómodo —desde un ángulo científico— aunque muy fértil para el escritor realista: las novelas decimonónicas se nutrirán una y mil veces de todos esos claroscuros en su búsqueda, tan ávida siempre, de la verosimilitud. Una verosimilitud que, por un lado, mira al exterior, la vida, los hechos que van sucediéndose en el tiempo y, por otro, mira hacia la entraña del relato literario para, con ello, colmarlo de artificio, rehuyendo cualquier inercia documental —una vez más, aquí, Altamira desplegará sutiles reflexiones en su estudio del año 1886 *El realismo y la literatura contemporánea*—. Todo eso podría resumirse, en fin, con la sentencia de Alfred de Vigny «L’Histoire est un Roman dont le peuple est l’auteur» (1863: 1).

Y hay un nuevo rasgo que aproxima la Historia a la novela: ambas disciplinas están, por supuesto, construidas con palabras; son masas verbales muy poderosas, muy densas. Ahora bien, ello entraña otro fenómeno indiscutible, aunque no libre de riesgos en el terreno historiográfico y, al contrario, pródigo en nervio artístico para la novela: *lo que no recoge la palabra histórica, no existe* —¿lejano trasunto herderiano que ha cuajado ya enteramente en el pensamiento filosófico de estos tres últimos siglos?<sup>4</sup>—. Dado que «La historia crea el mundo. Los acontecimientos existen en el momento en que son contados, por lo que cuando no son contados es como si no hubiera acaecido. La Historia, en suma, no es sino la versión de una representación. Por ello debe colocarse [...] al lado de la Literatura» (Busquets, 2014: 366).

3. «Nos paseamos siempre por entre las ruinas» de la historia, escribe Hegel en su *Introducción a la Filosofía de la Historia Universal*. Ahora bien, esas ruinas «albergan la semilla de una nueva vida —pues mientras la muerte brota de la vida, la vida brota también de la muerte» (Hegel, 2008: 150; cursivas del autor).

4. El lenguaje «pone límites a todo el conocimiento humano y delinea su ámbito [*Umriss geben*]» (Herder, 2005: 101). Una tesis que parece anticipar la proposición 5.6, contenida en el *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein, y que dice: «Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo» (2015: s.p.).

Es de recordar, empero, que existe un mundo objetivo —esos «restos del pasado» que dice Altamira en el artículo que luego veremos—, previo a su verbalización y *representación* historicista, con el alcance novelesco que este último sustantivo implica. En dicho mundo empírico se apoya la historiografía más exigente y no se puede, en modo alguno, eludirlo si bien abunden los historiadores que pretenden expresarse en primera persona y algo reacios, por tanto, a la sobriedad epistemológica. Siendo tentados quizá por la *ego-histoire*, según el calificativo de Pierre Nora, tan en boga hoy entre diversos universitarios franceses.

Todas estas disquisiciones y ricas ambivalencias se dejan ver en *El realismo y la literatura contemporánea*, estudio redactado cuando Rafael Altamira tenía apenas veintiún años de edad: algo asombroso en términos intelectuales. En él puede leerse que «La literatura es un arte, e histórica por ende» (aquí, pues, la narrativa parece acercarse y aun fundirse con la disciplina historiográfica). Para agregar que «La novela moderna viene a ser una hoja de la vida individual o social, como *un momento de una personalidad* diluido en muchos capítulos, marcando bien las relaciones de tiempo y espacio, con lo que la historia de uno viene a ser reflejo y solidaridad de la historia de muchos» (Altamira, 1886: 550-551; cursivas del autor).

Anidan en esas líneas una serie de núcleos expresivos que destilan temporalidad psíquica y social; transformación, movimiento e, incluso, una muy precisa articulación entre el tiempo y el espacio, tan decisiva siempre para la novela realista. O algo no menos importante, y en forma ahora de corolario: esa *dilatación* del personaje en el curso de su tiempo íntimo no puede aislarse; está engranada con el ensanchamiento psíquico de otros muchos seres, formando todos ellos un juego de unidades múltiples, con sus acciones y reacciones sin pausa —una telaraña emocional en constante vibración—. Es el caso de la mejor narrativa del XIX, cuyos paradigmas —a ojos de Altamira— se llaman *L'Assommoir* y *La desheredada*: son novela y, a la par, Historia —una *Historia* que contiene en su seno muchas *historias* que van alimentándose unas a otras, a lo largo de una «durée» más y más tupida—. <sup>5</sup>

Todas estas idas y vueltas entre historia —en su doble filo— y novela, o «historia ficticia» que, empero, aspira a ser remedo verosímil de lo que les ocurre a unos individuos en un lugar y un tiempo, preocuparon mucho a Altamira. Y eso tanto en época juvenil como en su madurez e, incluso, en su tan fecunda senectud, cuando da fin a la última edición de la *Historia de la civilización de España*. Reparemos, así, en un texto que vio la luz el 4 de enero de 1920: el artículo «Galdós y la Historia de España», secuela muy resumida —pero con alguna sugestiva adición— del trabajo impreso el 22 de diciembre de 1902 en *El Noroeste. Diario Democrático Independiente* (a su vez, fruto de una conferencia leída por el

5. F. Braudel caracteriza la historia como una «dialectique de la durée» y ello, repitámoslo, es tan válido para la historiografía como para la novela, la cual aspira también a hacer suya esa duración con sus mil espesores contrapuestos (Braudel, 1987: 23).

autor unos dos años antes en la Extensión Universitaria de Oviedo y que llamó, ya, la atención de F. Giner).<sup>6</sup>

Este escrito —en su edición de 1902— ha sido estudiado por M.<sup>a</sup> de los Á. Ayala, quien destaca en él la huella del positivista Theodor Mommsen, uno de los maestros de Altamira (2012: 406-407). Lo que apuntaremos acaso pueda servir de complemento a lo dicho por la profesora Ayala: nuestra ruta —una larga retrospectiva analítica— se fijará en los posibles nexos entre Francisco Giner y J. G. Herder, con algún notable aditamento krausista. Una ruta, por tanto, de signo romántico-idealista y, aunque parezca extraño, en absoluto adversa a alguna propuesta historiográfica de cariz científicista: así, las tesis de Taine, figura a su vez de culto para el Altamira de finales del XIX. Pues bien, el núcleo central del artículo dice:

Tenía [Galdós] condiciones de historiador; por lo menos, *alguna* de las condiciones que los historiadores necesitan para ver el pasado y reconstruirlo vívidamente sobre la base [...] de los restos y noticias que llegan a la posteridad. Su imaginación de artista —imaginación plástica [...] que evoca con [...] precisión las imágenes, que sabe [...] coger lo característico de cada una y [...] adivina lo no manifiesto, así como las relaciones íntimas de las cosas, con el apoyo de los más livianos indicios— le dio facultades de *constructor*, de esas que hacen revivir mundos enteros, de las que han fundado [...] parte de la gloria que rodea el nombre de Mommsen (Altamira, 1921: 66; cursivas del autor).

Para añadir que «Lo interesante es [...] que Galdós se dio cuenta de semejante aptitud; que la cultivó reflexivamente y que puso empeño en afinarla y sacarle fruto». Y concluir —cerrándose la tríada *Historia, psicología colectiva, novela*— que eso es «tan constitucional en él, que no solo aparece triunfante en los *Episodios* sino que [tal aptitud] es la misma que resplandece» en las *Novelas contemporáneas*. Por lo que, y aflora aquí el tuétano de los pensamientos altamiranos, «la literatura de Galdós [es] un elemento importante para llegar a conocer nuestra psicología moderna, cosa a que no llegarán nunca [...] otros escritores menos novelistas» (Altamira, 1921: 66 y 67). Triángulo conceptual y, a la vez, círculo en perenne *feed-back* dado que, según había dicho ya en *El realismo y la literatura contemporánea*:

La novela contemporánea tiene [...] el mérito de no provocar la *tesis* [...]. Penetrada del espíritu moderno, viendo toda la realidad de hoy ahondando en los senos misteriosos y escondidos de la conciencia social, siendo hija verdadera de su época, vive

6. Altamira, «tomando pie de la lectura de algunos trozos selectos de los *Episodios nacionales* [...], hizo ver a los oyentes la importancia de la Literatura para conocer la Historia de España» (Sela, 1902: 305). Por su parte Giner ofrece el título de la conferencia de Altamira, leída en la Escuela de Arte y Oficios de Oviedo, e idéntico al del artículo que iremos analizando: «Pérez Galdós y la Historia de España» (1905: 81).

también de su acción dramática, de sus conflictos, de sus dudas (Altamira, 1886: 679).

Altamira se adentra pues, y en la primera cita, por esa zona ambigua, rica en claroscuros, entre Historia (historiografía) y novela. Observa en el creador de *Misericordia* cualidades procedentes de ambas disciplinas, y cualidades, al parecer, intercambiables. Eso es indudable en los sintagmas «ver el pasado y reconstruirlo vívamente», sobre la base por supuesto de los «restos» que llegan ante la mirada del historiador y del novelista. Nótese en dichos grupos léxicos el adverbio *vívamente*, con una dualidad semántica que apresa tanto lo historiográfico como lo novelesco, por lo menos en el caso de Galdós, prototipo de narrador realista: en él, por consiguiente, se dan esas dos modalidades o escrituras.

Y dato no menos revelador, viene a decir Altamira, cerrando este círculo de ideas, que si los historiadores *reconstruyen* el pasado, el novelista Galdós es, a su vez, un *constructor* que alcanza a *revivir* mundos enteros y, con esa reviviscencia, crea «*emoción estética*» en los lectores —de acuerdo con una expresión originaria de *El realismo y la literatura contemporánea* (Altamira, 1886: 62). El juego de voces afines que van dibujando esos enlaces entre Historia y Novela es evidente: núcleos significadores del tenor de *reconstrucción*, *construcción*, *reviviscencia* (síntesis entre *vívamente* y *revivir*). Ahora bien, un asedio vivencial que no se queda en la corteza de las cosas —los fenómenos institucionales— sino que, enfatiza Altamira, «adivina [Galdós] lo no manifiesto» y logra revelar las «relaciones íntimas» entre esas cosas. Surge, ya, un primer indicio de la penetración en la realidad que ejercen los relatores historicistas y los relatores novelescos: estos últimos, de hecho, parecen profundizar más en la compleja vida existente entre los seres humanos, pues descubren el «fuego anímico» de la historia de tales seres en el discurrir del tiempo —en caso de hacer uso, aquí, de una frase del propio Galdós contenida en *Carlos VI en La Rápita*— (2009: 880).<sup>7</sup>

Altamira pone a un mismo nivel hermenéutico al literato, o novelista, y al historiador, pero es tal su devoción por el autor de *Tormento* que pareciera, en algún momento, que el primero esté ubicado en un escalón más alto que el segundo. El novelista ausculto, y hace suyas, las tensiones psíquicas de una sociedad, en tanto que el historiador —por lo menos el historiador tradicional— permanecería más en el sobrehaz de los aconteceres públicos de dicha sociedad. Es el caso de Galdós quien, en efecto, exhibe una sutil *reviviscencia* —su «imaginación de artista»— por descubrir tales tensiones, a saber, «la psicología moderna» del pueblo español. O como había expuesto en *El realismo y la literatura moder-*

7. Si vemos el contexto sale a la luz la contraposición que dibuja Galdós entre la historia pública, *seca*, y la verdadera (intra)historia, a saber, la vida de los seres *particulares*, anónimos: «Más que la Historia seca de los públicos acontecimientos, le cautivan [a Beramendi] las referencias de andanzas particulares, y en ellas ve el colorido de la Historia general, la cual, sin este matiz de sangre, de fuego anímico, no es más que un trazo negro que así fatiga la vista como la memoria» (Galdós, 2009: 880).

na —vuelvo a reiterar— la verbalización de lo que vive «en los senos [...] escondidos de la conciencia social».

Entendemos ahora que Altamira, fiel a su *egoísmo* como historiador (si resulta oportuno ese epíteto goethiano), elogie el altísimo valor que muestran los textos literarios para el buen desarrollo de lo que él llama una ciencia histórica *totalizadora*. Es decir, aquella disciplina que anhela, a su vez, reconstruir, o verbalizar, la civilización —no solo la historia institucional— que un pueblo ha ido generando al paso de los siglos, y alcanzar, así, una síntesis entre ambas dimensiones. Una *totalización* que no implica, como dirá nuestro autor con sesgo más científico en 1912, un enfrentamiento entre la «historia interna», o *Kulturgeschiste*, de raíces organológicas (Herder, Schelling, Jean-Paul, A. W. Schlegel, Krause) y la «historia externa», o política, sino que, al contrario, supone un equilibrio entre ambas, esto es, una «unidad superior», por dificultoso que pueda parecerlos.<sup>8</sup> Pues, aclara,

Esta oposición es ilógica, porque no responde a una realidad. La historia humana no se ha producido así, partida en dos esferas igualmente substantivas y que se pueden separar; y por otra parte, no cabe sostener que muchos (quizá ninguno) de los hechos de la estricta (?) historia política, sean extraños o indiferentes para la civilización; v. gr., la guerra (Altamira, 1916: 53).<sup>9</sup>

Es hora, ya, de *reconstruir* alguna de las fuentes que pudieron dejar algún poso en esas ideaciones altamiranas, y a propósito de B. P. Galdós. Ante todo Giner de los Ríos, de quien siempre se consideró el autor discípulo «fiel a lo sustancial de su doctrina» (Altamira, 1915: s. p.). Para don Francisco la literatura es un valiosísimo observatorio del alma de una época y una nación o sociedad. Lo dejará claro en sus «Consideraciones sobre el desarrollo de la literatura moderna», ensayo del año 1862, cuando el autor contaba veintidós años de edad,<sup>10</sup> y que Altamira conocía bien pues es texto que cita en *El realismo y la literatura moderna* —un ensayo que pudo incidir, además, en las galdosianas «Observaciones sobre la novela contemporánea en España» (Rodgers, 1988: 36-37 y 40)—.

En estas «Consideraciones» estima Giner que las «artes», muy en particular la «literatura bella», son «de todas las manifestaciones del espíritu las que, conteniendo más carácter subjetivo, indican [...] con mayor determinación el de las épocas» (1876: 169). En dichas frases no resulta difícil oír ecos del idealismo ger-

8. Una síntesis que facilite el descubrimiento de «la *realidad total* de una sociedad» y que sitúa, en rigor, a Altamira en un terreno ideológico de carácter «krauso-positivista» (Asín Vergara, 1988: 23 y 24).

9. Texto procedente de unas conferencias que leyó nuestro historiador en el Rice Institute de Houston (Texas) a finales de 1912 y editadas después en inglés por esta misma institución (Altamira, 1916: 7-8).

10. Tal ensayo apareció por primera vez en *Revista Meridional*, Granada, tomo I, 1862, pp. 65-72, 109-116, 137-147, 212-218, 329-333 y 413-425. Fue reimpresso en *Estudios literarios*, Madrid, Imp. R. Labajos, 1866, y nuevamente —con cambios y añadidos— en 1876: nuestras citas proceden de esta última edición.

mánico, esto es, Krause, Hegel y, sobre todo, Herder, con notable ascendiente en aquellos dos: ello, además en detrimento del hombre abstracto que había acuñado la *Illustration*. Se nota ya en dicha cita el concepto de *Zeitgeist*, el «espíritu de la época»: un «espíritu» que irá aflorando en el devenir de un pueblo —la temporalización, en fin, del *Volksgeist*, o «espíritu» de una «comunidad» (la *Völkerpsychologie*, de acuerdo con Wilhelm Wundt y asumida, vale repetirlo, por Altamira desde su mocedad).

No obstante, aún irá más lejos Giner al sostener que la literatura logra alcanzar mayor eficacia que la Historia en esa búsqueda del *genio* de una sociedad, muy superior para su esclarecimiento que la superficie de los hechos institucionales. Pues, arguye, «Suprimase la literatura de un pueblo, y en vano se apelará para reconstituir su pasado a su historia política, muda armazón de sucesos, esqueleto que no [...] anima el vivificante calor de la sangre; estúdiase aquella, y [...] las generaciones más olvidadas se nos presentarán con toda la pompa de sus grandezas, con todas sus miserias, con todas sus aspiraciones, con todos sus extravíos». Y por eso, concluye, «no es otra cosa la literatura que el [...] más firme camino para entender la historia realizada; mentor universal, nos reproduce lo pasado, nos explica lo presente, y nos [...] alecciona para las oscuras elaboraciones de lo por venir» (Giner, 1876: 169 y 170).

En otras partes vuelve a hacer hincapié Giner en esa «Insuficiencia de la Historia política» por capturar el «espíritu de los pueblos», dado que nos facilita la descripción de los «acontecimientos», pero «permanece muda en cuanto a sus causas», incapaz como es de «sondear los íntimos senos donde arraigan [tales causas]»: a lo sumo solo consigue «satisfacer una vana y pueril curiosidad» (Giner, 1876: 165, 166).<sup>11</sup> Hasta parece preludiar —en el año 1862, no se olvide— una cierta *historia de la civilización*, concepto tan caro para Altamira, como es bien conocido, y que supera el relato político o institucional. A ese fin advierte que un «examen» de «la educación religiosa del hombre y de las evoluciones de la especulación racional y del arte» ayudará a «formar una ciencia histórica más amplia [...] que la común, y compuesta de elementos heterogéneos en la apariencia y en la individualidad aislada de cada uno de ellos; pero homogéneos y [...] conexiónados por la raíz común de que proceden y por las leyes que determinan su aparición» (Giner, 1876: 168).

Incluso enlaza *historiografía, historia de un pueblo y literatura bella*, al decir en un nuevo ensayo, el titulado «De la poesía épica, y en particular, de la epopeya», año 1864, que una obra poética es «historia viva» y la señal «más espontánea que da de sí un pueblo» (Giner, 1876: 78 y 72).<sup>12</sup> También para él, por lo tanto, las

11. En «Dos reacciones literarias. (Clásicos y románticos)», trabajo de 1863, subrayará también el fracaso de la historiografía por acceder al alma de una sociedad: «Tiene el espíritu de los pueblos recónditos abismos, a donde nunca [...] acierta a penetrar la historia meramente política» (Giner, 1876: 117).

12. En su *Compendio de estética*, traducido por F. Giner, había dicho Krause que es «en la poesía lírica donde más puro [...] se manifiesta el carácter nacional» (Krause, 1883: 177).

traslaciones expresivas entre todos esos términos —al amparo de la *vivacidad* que desprenden las entrañas de una sociedad— son muy fecundas: la «historia» literaria puede llegar a fundirse con la historia del pueblo en la que ha florecido: *vivacidad*, para Giner; *reviviscencia* para Altamira...

El aliento herderiano que se infiltra por todos esos pensamientos de Giner es bien patente, como hizo notar J. López Morillas en libro ya clásico.<sup>13</sup> Ya sea a través de Krause —y su concepto de *Volksgeist*—, o a través de Hegel —su noción, en este caso, de *Nationalgeist*—,<sup>14</sup> o quizás por medio de la lectura que pudo hacer Giner de las obras donde Herder desarrolla su teoría del «espíritu» de un pueblo y una época: *Fragmentos sobre una nueva literatura alemana* (1767), *Otra filosofía de la Historia* (1772), *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad* (1784-1791) y *Cartas sobre el progreso del hombre* (1793-1797). Lectura directa del alemán o, acaso, a través de alguna versión francesa: justamente entre 1861-1862 se imprime en París la traducción, hecha por Émile Tandel, de la *Philosophie de l'histoire de l'humanité* (Rodgers, 1988: 46). No cabe olvidar, al respecto, que en los años sesenta Giner no dominaba todavía el alemán, según reconocerá en sus *Estudios filosóficos y religiosos*.<sup>15</sup>

Otro conocimiento de Herder lo pudo alcanzar Giner por la mediación de Francisco Fernández y González, buen conocedor del idealismo alemán, catedrático de letras en las Universidades de Granada y Madrid y a quien el joven Giner califica de «maestro» suyo, además de confesar que las «ideas capitales» de sus «Consideraciones sobre el desarrollo de la literatura moderna» son hijas de varios trabajos sobre estética publicados por este discípulo de Sanz del Río, en particular una *Estética* que vio la luz en el mismo 1862 (Giner, 1876: 70, n. 1 y 213, n. 1). Es asimismo digno de recordarse que Altamira consultaría también, y con gran celo, algunos de los trabajos de F. Fernández y González,

13. «De Herder [...] recibe Giner [...] la noción de la existencia [...] de un conjunto de rasgos que dan a la psique de un país un contorno privativo e inequívoco». Ese «particularismo» pareciera «contradecir el principio de armonía universal [...] de Krause. Pero [...] no hay tal contradicción. Al abogar por la armonía universal Krause no se propone darle como base de apoyo la universal uniformidad. Y ello con sobrada razón. La uniformidad es hacedera solo a costa de amputar [...] todo cuanto es “genial” —léase espontáneo y distintivo— en el individuo o en la raza». Pues —en palabras de Rudolf Eucken— el armonismo krausiano nace de la fusión «de la multiplicidad en unidad, sin destruir aquella, como si en la cohesión representada por el todo cada parte adquiriera un nivel superior de existencia». En resumen, y a juicio de Krause, «Nada debe [...] coartar la [...] expresión del genio nacional; antes, al contrario, conviene [...] protegerla por todos los medios posibles» (López-Morillas, 1980: 115). Aún a finales de la década de 1870 continuará Giner asumiendo esas tesis herderiano-krausianas, como demuestra el artículo «Sobre teatro», donde se lee que «en las obras de arte» hay «un nuevo elemento, el *carácter*, esto es, aquella cualidad que las convierte en fiel expresión orgánica del espíritu [...] de su tiempo» (Giner, 1926: 345; cursivas del autor).

14. El Espíritu como fuerza que emerge en el recinto particular, matérico, de una nación es un concepto-fuerza muy visible en la *Introducción a la Filosofía de la Historia* de G. W. F. Hegel.

15. Disculpando la pobre traducción del texto krausiano «La ciencia de la forma», impreso en el *Tagblatt des Menschheitelbens*, año 1811, aduce Giner que él y Luis de Rute habían hecho esta versión en 1868, «cuando [...] tenían menos conocimiento de la lengua alemana» y, de ahí, «la oscuridad» de algún pasaje (Giner, 1876: 215).



según lo abonan diversas citas contenidas en *El realismo y la literatura contemporánea*.

Sin desdeñar —otra posible pista— la presencia de Herder en Giner a través de J. Llorens y Barba. No se olvide que nuestro autor fue alumno de este catedrático de la Universidad de Barcelona a comienzos de los 1850, cuando su padre, alto funcionario de Hacienda, fue trasladado a la Ciudad Condal: es bien conocido el respeto que profesaba Giner por este maestro suyo, a quien le debía, además, «sus primeras orientaciones y su constante afán de inquirir» (Valentí Camp, 1922: 249). Un maestro que, hablando de la disciplina filosófica, comentaba —con sabor herderiano— que «donde quiera [...] que encontremos el pensamiento filosófico digno de este nombre, allí reconoceremos siempre el trabajo propio del espíritu nacional, de esta suerte es como el cultivo de la filosofía se hace una tarea provechosa para el pueblo que la ejecuta» (Llorens y Barba, 1920: 452).

No debiérase obviar, tampoco, el microclima cultural que iba extendiéndose por el Madrid de 1850 y 1860 y que aflora en los ensayos de Giner —los antes citados y otros reimpressos asimismo en sus *Estudios literarios* del año 66—. Esto es, la crisis que aquejaba a un romanticismo muy ampuloso ya, y el asentamiento de una poesía encaminada a simplificarse al máximo, inspirándose en las baladas populares:<sup>16</sup> una reacción, en suma, «contra los vuelos retóricos» de los románticos, en un tiempo en que triunfa la «orientación germanizante» de nuestra lírica, a la sombra de Heine, Schiller o Goethe (Díaz, 1969: xxviii y xvii). Los valedores de esa poesía hacen suyas las tesis de Herder que, entre líneas, bullen en Trueba, Campoamor, M. Cañete, G. A. Bécquer, Augusto Ferrán y V. Ruiz Aguilera —tan admirado por Giner—. Un ejemplo: en su reseña a *La soledad* de Ferrán, del 21 de febrero de 1861, sostiene Bécquer, juntando las nociones de *Volksggeist* y *Zeitgeist*, que «El pueblo [...] será siempre el gran poeta de todas las edades y de todas las naciones», pues «sabe sintetizar en sus obras las creencias, las aspiraciones y el sentimiento de una época» (2004: 488).

Todo esto constituye un puñado de hipótesis que, en caso de ahondar en ellas, quizá brinden nuevas pistas sobre las huellas del romanticismo orgánico en Giner. Solo diré que la versión española que en 1860 hizo J. Sanz del Río de diversos textos de K. Ch. F. Krause, con el título de *Ideal de la Humanidad para la vida*, puede ser otra vía de acceso a todas esas ideaciones herderianas, como bien supone E. Rodgers. Empero, este hispanista se cura en salud indicando que tal traducción de Sanz del Río es muy libre y los párrafos donde se habla de tales temas podrían ser, en parte, de cosecha propia (Rodgers, 1988: 38). Pero

16. Comentando las *Elegías* de Ruiz Aguilera, obra del 1862, dice J. M. de Cossío que «Cuanto han hablado de este libro [...] han notado [...] su sencillez [...], pero no sé si se ha subrayado lo que esta sencillez [...] tenía de singular y revolucionaria, lo que es encontrar en este tiempo el primer caso de lirismo que deba su intensidad a su misma pobreza de medios retóricos» (Cossío, 1960: I, 201). F. Giner aplaudía también en su reseña a dichas *Elegías*, la «sencillez en la expresión» de los versos (1876: 272).

hoy, gracias al cotejo realizado por E. M. Ureña en 1992 con los originales alemanes de que se valiera Sanz del Río —contenidos en el *Tagblatt des Menschheitens*—, fácil resulta ver que todas las disquisiciones acerca del «genio» del pueblo como «fuente» de la poesía y la «secreta correspondencia» entre aquel y «la historia de las bellas artes» suscriben lo dicho por Krause en dicha revista (Ureña, Fernández y Seidel, 1997: 125).<sup>17</sup> Por otro lado, y hecho nada trivial, en sus ensayos cita Giner en una ocasión *El ideal de la Humanidad para la vida* si bien prevalecen en ellos la *Estética* de Hegel, deudora a su vez del ideario herderiano.

Algunas nociones de Herder, diseminadas pues entre Krause, Hegel y, vale recordarlo, los hermanos Schlegel, parecen ser la semilla inicial de ese historicismo gineriano.<sup>18</sup> Una concepción historicista que, por otro lado, incide en Altamira y su búsqueda de las capas psíquicas de una sociedad: es decir, el «secreto de la historia», un secreto que «radica [...] no en la institución considerada en sí misma, sino en el hervor humano que se agita en su seno» (Vicens Vives, 1962: 14).<sup>19</sup> La esencia de su vocación historiográfica, además, aunque libre —al igual que en el Giner más maduro— de cualquier «apostolado patriótico» (López Morillas, 1988: 37). Ajeno, pues, a la *Volksreligion* y sus fantasías nacionalistas... Veamos uno de esos escritos herderianos: ciertamente decisivo, que no dejó indiferente a Dámaso Alonso en su clásico estudio sobre Bécquer. Hablando Herder de las *Nationallieder* arguye: «¿Tiene la nación algo más precioso? A través de su literatura propia, hemos aprendido a conocer las edades y los pueblos más profundamente que a lo largo del triste y frustrante camino de la historia política y militar». Puesto que en esa *literatura propia* «aprendemos cómo [un pueblo] pensó, lo que deseó y por lo que suspiró, cómo disfrutó sus placeres, cómo fue dirigido por sus maestros o sus inclinaciones» (Flitter, 1995: 23).

17. Enunciados pertenecientes al *Desarrollo y presentación ideal de la idea de la Alianza de la Humanidad, desde la perspectiva de la vida (Entfaltung und urbildliche Darstellung der Idee des Menschheitens, vom Standorte des Lebens aus)*, texto-base krausiano del *Ideal de la Humanidad para la vida* de J. Sanz del Río.

18. Krause asistió en Jena, y en 1798, a las clases que allí dictaba A. W. Schlegel, confesando a su padre «lo mucho que aprendía en ellas». Unas lecciones que revelan un «paralelismo con la primera parte de las lecciones berlinesas de 1801», es decir, sus *Conferencias sobre arte y literatura*. Pero aún hay más —y ello es esencial para establecer un *link* entre ambos pensadores e incluso, en última instancia, con Herder—: el filólogo Friedrich Ast le pasó los apuntes de dichas clases a Krause, quien relleno el cuaderno con una serie de «breves ensayos», algunos muy «importantes». Lo más significativo es que, en esos textos de Jena, Schlegel esboza ya una «teoría del arte [...] fundida con la historia, mediante una síntesis entre Kant y Herder». Krause, en fin, tendría «muy presente» tal cuaderno «a la hora de redactar sus [futuras] lecciones sobre Estética» (Pinilla Burgos, 1996: 384, 385, 392, 392 y 394-395). Ese historicismo orgánico, que exige para sí una percepción intuitiva (la «reviviscencia» de que hablan Giner y Altamira) se desliza por las lecciones berlinesas de Schlegel e, igualmente, en sus conferencias ofrecidas en Viena con el título de *Sobre el arte dramático y la literatura*. En estas últimas puede leerse que, sin un «germen de vida», nuestro conocimiento es solo «externo». E incluso, con mayor precisión, «La poesía que pretenda a ser verdadera debiera partir de la vida interior de un pueblo» (A. W. Schlegel, 1861: 19 y 208).

19. O lo que F. Braudel llama «ces grands courants sous-jacents, souvent silencieux» que van más allá del *instant* cronológico y forman el piélago de psiquismos de un pueblo a lo largo de los siglos (Dantier, 2005: 3-4).

Sobresale en tal cita una dicotomía entre *literatura e historia política* —algo bien tangible en alguna de las citas ginerianas—. La primera proporciona un conocimiento de las capas más puras de una comunidad; la historia, al contrario, resbalará por la superficie de dicha comunidad: de ahí que sea *triste, frustrante*. O, como dice en *Auch eine Philosophie der Geschichte*, la historia política es poco más que una cáscara —«Hülsengeschichte»—, y apenas alcanza a revelar algo (Herder, 1964: 190)—. Pero esa relación entre literatura y «espíritu nacional» está, además, en perenne movilidad (según puntualiza Herder en sus *Cartas sobre el progreso del hombre*: y aquí hallamos el *espíritu de la época*, que se complementa, una vez más, con aquel *espíritu del pueblo*). Dado que «La poesía puede caracterizarse como un Proteo entre los pueblos; cambia de acuerdo con el lenguaje, las costumbres, los hábitos de esos pueblos; de acuerdo asimismo con su temperamento, con el clima; de acuerdo también con su dicción» (Damrosch, Melas y Buthelezi, 2009: 4).

Los focos conceptuales de nuestro trabajo son bien claros: las ambigüedades semánticas que acusan las nociones de Historia, historia, novela, por un lado. Y, por otro, cómo esas ambigüedades han sido muy útiles para la narrativa realista en un sentido, antes que nada, temporal: una temporalidad orgánica —en modo alguno abstracta—, henchida de *carne* psíquica en el doble sentido colectivo e individual.<sup>20</sup> Unas ambivalencias que, bien aquilatadas, aplica Altamira a la novela galdosiana: una novela que, por lo tanto, es histórica en su sentido pleno e, incluso, puede superar a la historiografía pues saca a la luz el espíritu de un pueblo, en este caso el español. Por decirlo de otro modo: justamente lo *orgánico-biológico* (la vida en su integridad) reclama al analista una exégesis más intuitiva, o «artística», que intelectual, acoplándose a la postre ambas partes sin merma alguna.

Esa interpretación acerca de la suma importancia del *Volksgeist* para el historiador e, igualmente, para el novelista la toma Altamira de don Francisco Giner, su maestro más querido. Una interpretación de cepa germánico-idealista cuyo padre —no el único— fue Herder: Montesquieu y Voltaire habían ya aludido al *esprit des nations*, aunque de manera más enjuta o cerebral.<sup>21</sup> Un Herder que lle-

20. Desde «mediados del siglo XVIII se ha tendido a usar «orgánico» como adjetivo que cualifica [...] los cuerpos *biológicos*» (Ferrater Mora, 1981: III, 2450; cursivas del autor). Y ello ocurre, conforme se acerca el cambio de centuria, en Herder y, acto seguido, en los Schlegel, Krause, Hegel... Así, *lo orgánico* como «lo vivo», «lo fisiológico» lo contraponen Herder a «lo mecánico», o «abstracto», propio de la Ilustración: es una palabra clave en esos autores, y que rebrotará más tarde en Giner. Obsérvese esta fraseología acerca del lenguaje, y que va ovillándose alrededor del símil —tan romántico ya— de la *planta*: «Si [...] cada lengua originaria —que es una planta que crece en un país— se desarrolla de acuerdo con el clima y la región de éste; si cada lengua nacional [*Nationalsprache*] se forma [*bildet*] de acuerdo con las costumbres [...] de su pueblo, también, en sentido inverso, la literatura de un país —que es originaria y nacional— debe formarse de acuerdo con la lengua [...] de tal nación» (Herder, 2005: 103).

21. En *De l'esprit des lois* encomia Montesquieu la importancia de las *causes culturelles* (creencias) y las *causes naturelles* (geografía), incluíbles para asentar bien un análisis del hecho político: todo eso constituirá *l'esprit général* de una nación (Montesquieu, 1772: II, 189). Y Voltaire, en su *Essai sur les mœurs et l'esprit des*

gará al propio Giner a través de Krause, Hegel, Sanz de Río, F. Fernández y González y, acaso, J. Llorens y Barba, sin olvidarnos del ambiente herderiano —fuese de manera abierta u oblicua— que bullía en el Madrid de mediados del siglo XIX.

Un *ambiente* que debió estudiarse a fondo, analizando fuentes textuales —artículos, ensayos— con el fin de delimitar la huella activadora de J. G. Herder en la cultura española del Ochocientos. No hay todavía, al parecer, un estudio consagrado a la presencia de este pensador en nuestras letras y continúa siendo válido el dictamen, paradójico y, a la par, luminoso de que «Herder es una de esas figuras clave cuya influencia [...] está tan difundida como para no necesitar comprobación documental» (Rodgers, 1988: 42). Solo dos noticias, cogidas al azar sobre dicha presencia, ahora más puntual y no solo neblina indiscutible y, al tiempo, borrosa —si vale la nueva paradoja—. Una alusión a Herder por parte de Campoamor, contenida en *El Personalismo*, acerca del énfasis puesto por aquel en «las influencias exteriores» (clima, territorio) como el «móvil» que impulsa «las acciones humanas», si bien nuestro poeta no evite ironizar sobre tal precisión «orgánica» que, entiende, reduce al hombre a un «buque» empujado «irremisiblemente» por el viento (Campoamor, 1855: 105).<sup>22</sup>

Y otra referencia, previa en el tiempo, y colmada de afán estético por parte de Pablo Piferrer, quien en su «Necrología» del músico Miguel Ribera —impresa en el diario barcelonés *La Corona* el 8 de marzo de 1843— asevera que la «regeneración» de las artes proviene del «Norte», donde además de Burger, Tieck y Uhland —que «pulsaron con osadía [...] los cantos populares»— despunta igualmente Herder quien «con sus grandes estudios sobre las costumbres y las instituciones de los pueblos, observó el primero el fondo de poesía que la nacionalidad atesora» (Carnicer, 1963: 220). No escasean además, en Barcelona, las alusiones a Herder en *La Abeja* (1862-1870), revista de recia vocación germánica como es bien sabido. Alusiones y, asimismo, citas directas de contenido biográfico, estético o literario (leyendas, baladas), que van esparciéndose por toda la década de 1860. Una de tales citas es deslumbrante y apela, nuevamente, a esa concepción biológica de la historia tan herderiana y que, diríase, parece presagiar a F. Braudel: «La historia no es más que una geografía de los tiempos y de los pueblos puesta en movimiento» (Sin Firma, 1862: 280).<sup>23</sup>

---

*nations*, había encarecido asimismo la trascendencia de «l'esprit, les mœurs, les usages des nations principales, appuyés des faits quil n'est pas permis d'ignorer» (Voltaire, 1835: I, 1-2).

22. Manuel Cañete solía hablar de Herder, parafraseándolo «abiertamente», en los últimos 1840, cuando —cumple repetirlo— comenzaba a germinar en Madrid una simplificación del discurso poético, al amparo de las *Nationallieder*. Así ocurre en las conferencias sobre «el drama reciente español» que ofreció en el Ateneo madrileño, año 1848, publicadas en la *Revista científica y Literaria*. Todo eso se concretará en el artículo «Curso de literatura dramática», impreso en *El País*, 12 de septiembre de 1849, y donde ensalza a Herder, «el primero» de los «regeneradores literarios de su país, sin cuyo conocimiento ni aún podríamos explicar la revolución dramática del nuestro» (Flitter, 1995: 283 y 284). Nótese en dicha cita el concepto de *regeneración* literaria, palpable asimismo en el artículo de Piferrer: un concepto, sin duda, crucial en ese periodo del XIX.

23. En el medio cultural madrileño no cabe tampoco olvidar el germanismo que profesaron *El Museo Universal* (1857-1869) y *El Semanario Popular* (1862-1865), con alguna presencia también de Herder.

En resumen, con este juego de categorías que se entremezclan —Historia, historias, novelas— Rafael Altamira, gran admirador de B. P. Galdós, pretende ensanchar al máximo el ansia de realidad de la literatura narrativa del XIX. Se unía, así, a Zola, Pardo Bazán, L. Alas, J. Sardá o J. Yxart, por citar unos pocos nombres. En nuestro siglo XXI ocurre algo similar: la *nouvelle histoire* francesa descubre en la novela un modelo cognoscitivo que permite auscultar los mil conflictos del existir social. A ese respecto, Ivan Jablonka declarará que en el Ocho-cientos —y a diferencia de los historiadores— logra Zola adentrarse muchísimo más por las clases populares. Es el caso de *Germinal*, donde se habla de

la sexualité, de la mort, dels loisirs des ouvriers, de leurs conditions de travail, de leurs maladies professionnelles... A la même époque, les historiens écrivent une histoire qui nous paraît aujourd'hui désuète. Leur ouverture d'esprit n'est pas la même que celle du journaliste Zola (Clarini, 2014: 5).<sup>24</sup>

Por el contrario, algunos narradores actuales atenúan un poco esa «colère de la vérité» —en frase del mismo Jablonka— (Clarini, 2014: 5). No pretenden que la novela sea el condensado totalizador de la realidad: se satisfacen con abrir una grieta en esa realidad tan oscura que nos envuelve para, acto seguido, *representarla en palabras*. Así lo ha dicho Colm Tóibín, con frases que rezuman contención y ascetismo:

Comparada con el periodismo de investigación, la escritura historiográfica o la biografía [...] la novela es una forma extraña, humilde, híbrida; y es en esta humildad, en esta pura inutilidad, en esta inestabilidad, en sus conexiones con lo meramente humano, donde tal vez se asiente su grandeza (Tóibín, 2014: 66).

## Bibliografía

- ALTAMIRA, Rafael (1886), «El realismo y la literatura contemporánea», *La Ilustración Ibérica*, n.º 173-199, pp. 262-682.
- (1895), *La enseñanza de la historia*, Madrid, V. Suárez.
- (1915), «Prólogo», *Giner de los Ríos educador*, Valencia, Prometeo.
- (1916), *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*, Madrid, La Lectura.
- (1921), «Galdós y la Historia de España», *Arte y realidad*, Barcelona, Cervantes (65-67).

24. Algo de eso avanzaba ya Altamira, y a propósito también de Zola: en alguna de sus obras «pueden sustituirse los personajes que allí figuran, por otros, sin que la novela sufra cambio alguno; porque en ella [...] los individuos no son nada en sí: son puro signos de la clase a que pertenecen. Quiere decirse, con esto, que la novela ha adquirido el carácter [...] sociológico [...] que antes le faltaba» (Altamira, 1895: 199).

- ASÍN VERGARA, Rafael (ed.) (1988), «Estudio preliminar», en Rafael Altamira, *Historia de la civilización española*, Barcelona, Crítica, pp. 7-37.
- AYALA, M.<sup>a</sup> de los Ángeles (2012), «Altamira, Galdós y la historia de España», en Á. Ezama, M. Marina, A. Martín, R. Pellicer, J. Rubio y E. Serrano (eds.), *Aún aprendo. Estudios dedicados al profesor Leonardo Romero Tobar*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 405-413.
- BACON, Francis (1876), *The Advancement of Learning*, II, William Aldis Wright (ed.), Oxford, Clarendon Press.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo (2004), «La soledad. Colección de cantares por Augusto Ferrán y Forniés», *Obras completas*, Joan Estruch (ed.), Madrid, Cátedra, pp. 486-494.
- BRAUDEL, Fernand (1987), «Histoire et Sciences Sociales: La longue durée», *Réseaux*, V, n.º 27, pp. 7-37.
- BUSQUETS, Loreto (2014), *Pensamiento social y político en la literatura española. Desde el Renacimiento hasta el siglo xx*, Madrid, Verbum.
- CAMPOAMOR, Ramón de (1855), *El personalismo*, Madrid, M. Rivadeneyra.
- CARNICER, Ramón (1963), *Vida y obra de Pablo Piferrer*, Madrid, CSIC.
- CLARINI, Julie (2014), «Entretien croisé. Les Rendes-vous de l'histoire. Paul Veyne et Yvan Jablonka», *Le Monde des Livres* (3 de octubre de 2014), pp. 4-5.
- COSSIO, José María de (1960), *Cincuenta años de poesía española (1850-1900)*, I, Madrid, Espasa-Calpe.
- DANTIER, Bernard (2005), «Sciences sociales et temps: Fernand Braudel et la longue durée». Disponible en: [http://www.uqac.ca/Classiques des sciences sociales/](http://www.uqac.ca/Classiques%20des%20sciences%20sociales/). [12/08/2014].
- DÍAZ, José Pedro (ed.) (1969), «Introducción», en Augusto Ferrán, *Obras completas*, Madrid, Clásicos Castellanos, 164, Espasa-Calpe, pp. VI-LVIII.
- Diccionario de la lengua castellana* (1780), Madrid, Real Academia Española – Imp. Joaquín Ibarra.
- Diccionario de la lengua castellana* (1803), Madrid, Real Academia Española – Imp. Viuda de Joaquín Ibarra.
- FERRATER MORA, José (1981), «Orgánico, organismo», *Diccionario de Filosofía*, III, Madrid, Alianza, pp. 2450-2453.
- FLITTER, Derek (1995), *Teoría y crítica del romanticismo español*, Cambridge, Cambridge University Press.
- FORSTER, E. M. (1954), *Aspects of the Novel*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1954.
- GINER, Francisco (1876), «De la poesía épica, y en particular de la epopeya», «Dos reacciones literarias. (Clásicos y románticos)», «Consideraciones sobre el desarrollo de la literatura moderna», «Un poeta. D. Ventura Ruiz Aguilera», *Estudios de literatura y arte*, Madrid, V. Suárez, pp. 66-81, 105-129, 165-245, 261-289.
- (1876), «La ciencia de la forma», *Estudios filosóficos y religiosos*, Madrid, Librería de F. de Góngora, pp. 177-215.
- (1905), «La Universidad de Oviedo», *Pedagogía universitaria. Problemas y noticias*, Barcelona, Sucesores de Manuel Soler, pp. 72-100.
- (1926), «Sobre teatro», *Estudios sobre artes industriales y cartas literarias, Obras completas*, XV, Madrid, La Lectura, pp. 333-347.

- HEGEL, G. W. F. (2008), «Philosophy of History», en Aakash Singh / Rimina Mohapatra (eds.), *Reading Hegel. The Introductions*, Melbourne, Re-Press, pp. 111-152.
- HERDER (1964), *Une autre Philosophie de l'Histoire (Auch eine Philosophie der Geschichte)*, Max Rouché (ed.), París, Aubier – Montaigne.
- (2005), «Fragmentos acerca de la literatura alemana más reciente. (Selección)», Luis Felipe Segura Martínez (trad.), *Signos Filosóficos*, VII, n.º 14, pp. 95-105.
- (2009), «Results of a Comparison of Different Peoples' Poetry in Ancient and Modern Times (Letters for the Advancement of Humanity, 1797)», en D. Damrosch / N. Melas / M. Buthelezi (eds.), *The Princeton Sourcebook in Comparative Literature: From the European Enlightenment to the Global Present*, Princeton, Princeton University Press, pp. 3-9.
- KRAUSE (1883), *Compendio de estética*, Francisco Giner (trad. y ed.), Madrid, V. Suárez.
- LLORENS Y BARBA, JAVIER (1920), *Lecciones de filosofía*, III, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- LÓPEZ-MORILLAS, JUAN (1980), *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual*, Madrid, FCE.
- (1988), *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Francisco Giner de los Ríos*, Madrid, Alianza.
- MONTESQUIEU (1772), *L'esprit des lois*, II, Londres, s. e.
- PÉREZ GALDÓS, BENITO (2004), «Galería de figuras de cera. X. Mesonero Romanos», en J.-Mainer (ed.) / J. C. Ara Torralba (notas), *Prosa crítica*, Madrid, Espasa Calpe (363-366).
- (2009), *Carlos VI en la Rápita, Episodios nacionales, cuarta serie. La era isabelina*, Dolores Troncoso (ed.), Barcelona, Destino.
- PINILLA BURGOS, RICARDO (1996), «August Wilhelm Schlegel y sus Lecciones de Jena sobre teoría del arte (1798)», en Oswaldo Market y J. Rivera de Rosales (eds.), *El inicio del Idealismo alemán*, Madrid, Editorial Complutense – UNED, pp. 381-397.
- REYNOLDS, ELISABETH A. (2013) «The Development of Stained Glass in Gothic Cathedrals», *JCCC Honors Journal*, IV, n.º 1, pp. 1-11.
- RODGERS, EAMONN (1988), «Teoría literaria y filosofía de la historia en el primer Galdós», en Peter A. Bly (ed.), *Galdós y la historia*, Ottawa, Dovehouse, 1988, pp. 35-47.
- SCHLEGEL, AUGUSTUS WILLIAM (1861), *Course of Lectures of Dramatic Art and Literature*, John Black (trad.), Londres, Henry G. Bohn.
- SELA, ANICETO (1902), «Extensión Universitaria. Curso de 1899 a 1900. Memoria leída en la apertura del curso de 1900 a 1901 el día 26 de octubre de 1900», *Anales de la Universidad de Oviedo*, n.º I, pp. 301-311.
- SIN FIRMA (1862), «Excerpta», *La Abeja*, 1 (280).
- TÓIBÍN, COLM (2014), «Lust and Loss in Madrid», *The New York Review of Books*, LXI, n.º 12, pp. 66-68.
- UREÑA, ENRIQUE M.; J. L. FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ; JOHANNES SEIDEL (eds.) (1997), *El «Ideal de la Humanidad» de Sanz del Río y su original alemán*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas.
- VALENTÍ CAMP, SANTIAGO (1922), «Francisco Giner de los Ríos», *Ideólogos, teorizantes y videntes*, Barcelona, Minerva, pp. 245-260.

- VICENS VIVES, Jaime (1962), «A guisa de prólogo», *Aproximación a la historia de España*, Barcelona, Vicens-Vives pp. 7-23.
- VIGNY, Alfred de (1863), «Réflexions sur la vérité dans l'art», *Cinq-Mars: une conjuration sous Louis XIII*, Paris, Michel Lévy (1).
- VOLTAIRE (1835), *Essai sur les moeurs et l'esprit des nations*, I, Paris, Treuttel et Würtz.
- WITTGENSTEIN, Ludwig (2015), «Tractatus Logico-Philosophicus / Logisch-philosophische Abhandlung», Ogden Ramsey / Pears McGuinness (trads.). Disponible en: <http://people.umass.edu/klement/tlp> [26/01/2015].
- ZAMBRANO, María (1995), *La confesión: género literario*, Madrid, Siruela.